

El civismo es una actitud esencial para la buena convivencia entre las personas. También lo es para la vida pública. Este manual explora la anatomía de la conducta cívica y descubre cómo sólo mediante ella es posible una sociedad amable, participativa, solidaria y capaz de enfrentarse al intenso cambio social de nuestra época así como a las incertidumbres que nos acechan. Los autores parten de un análisis del buen comportamiento de las personas en su vida privada y en el trabajo para considerar las repercusiones que ello debe tener en la calidad de la vida pública. La reflexión de *Manual de civismo* descansa toda ella sobre la noción de ciudadanía, así como sobre el compromiso de cada uno de nosotros con la vida de los demás a través de la responsabilidad de cada cual en sus relaciones con el prójimo y con el entorno. Las viejas virtudes de la austeridad, la templanza y los buenos modales son contempladas por Victoria Camps y Salvador Giner como virtudes cívicas. Demuestran cómo de su práctica generalizada depende una vida individual y colectiva civilizada, tolerante y creativa. Tanto o más, si cabe, que de la existencia de unas libertades y una Constitución que garanticen los derechos de todos los ciudadanos.

Manual de civismo

Victoria Camps y Salvador Giner

Manual de civismo

Victoria Camps y
Salvador Giner
(coautores)

JC336
C35
2004

UNAM

669093

BIBLIOTECA CENTRAL

942271-1



9 788434 444607

www.c3p.es

Ampl

5.ª edición
ampliada

IV

TEMPLANZA Y AUSTERIDAD

Suele justificarse el civismo por su utilidad manifiesta en hacernos a todos la vida más amable. El desenlace feliz de los enfrentamientos sociales, la superación de los conflictos laborales, la armonización de voluntades políticas encontradas y la buena convivencia entre familiares se logran de un modo incruento sólo bajo condiciones de civilidad. Ello es bien cierto, pero a nuestro juicio un entendimiento estrictamente utilitarista —la noción de que el civismo se justifica única y exclusivamente por su utilidad para cuantos sienten sus repercusiones—, a pesar de ser acertado, no agota todo lo que el civismo entraña moralmente.

Por lo pronto la consideración hacia los demás (el meollo del asunto, como ya vimos en el primer capítulo al invocar la Regla de Oro: «trata a los demás del mismo modo que querrías que ellos te trataran ti mismo») no se justifica únicamente por ser útil sino también porque tiene toda la importancia de ser un principio fundamental. Un principio que, como tal, va más allá de las conveniencias prácticas de cada cual.

Queríamos ahora adentrarnos en un terreno que, si bien tiene también una dimensión de utilidad general, trasciende, como en el caso del debido respeto a la dignidad de todos los seres humanos,

el marco utilitario. Se trata de la actualidad que, en el mundo de hoy, deberían poseer ciertas virtudes de siempre. Son virtudes que no suelen recibir toda la atención que merecen, y que sin embargo se encuentran en urgente necesidad de cultivo. Nos referimos a la templanza y a la austeridad. Claro está que tanto la una como la otra, como veremos, deben ser redefinidas en el marco de la modernidad: las cosas hoy no son como ayer y en consecuencia nuestras facultades e inclinaciones no tienen más remedio que adaptarse a nuestro mundo. Precisamente por ello, antes de vincularlas al tema central que nos preocupa, el del civismo, nos permitiremos realizar un recorrido veloz por ciertas facetas del mundo contemporáneo. Esta excursión puede hacer pensar —aunque sólo durante unas pocas páginas— que hemos perdido el hilo de nuestro discurso. No costará mucho, esperamos, comprender que no es así, sino que era un paso necesario para seguirlo mejor.

Hasta quienes menos conscientes son de las cosas de antaño, o de la existencia de una historia reciente —de las cosas de hace unos dos siglos o hasta de hace sólo una centuria— saben que el mundo en que vivimos es radicalmente distinto del precedente. Se ha producido tal mudanza en un corto espacio de tiempo que quizá sería más adecuado decir que lo ocurrido es una verdadera mutación histórica. No es éste el lugar para describir con pormenor los rasgos que caracterizan a las sociedades plenamente modernas en contraste con las del pasado no muy lejano, pero sí lo es para invocar algunas de sus características, las que son más pertinentes para analizar mejor lo que retiene nuestra atención principal, a saber, conocer cuáles son los requisitos de la convivencia civilizada así como los de la cultura moral que debe presidirla en el siglo XXI.

A grandes rasgos podríamos describir nuestro mundo como aquel que se halla dominado por grandes procesos históricos, mutuamente dependientes. Puede distinguirse, en cada uno de ellos, una corriente o proceso de cambio que produce su contracorriente. Cada proceso encierra, así, una gran contradicción, un gran conflicto. Hemos elegido los siguientes: la opulencia, el relativismo, el racionalismo instrumental y la cultura mediática. Cabría añadir otros —la mundialización, el individualismo, la igualdad, el reconocimiento de la libertad y de la democracia, como valores modernos que generan sus propios procesos sociales— pero nos conformaremos con los cuatro indicados para perfilar la situación presente.

1. La economía capitalista e industrial, basada en la introducción permanente de innovaciones técnicas y en el aumento incesante de la productividad ha creado, en no pocas partes del mundo, una *sociedad opulenta*, muy en consonancia con la mundialización a la que nos acabamos de referir. La contradicción fundamental de esa opulencia se manifiesta en una paradoja extraordinaria: a mayor abundancia, mayor escasez. La multiplicación sin límite de bienes de todas clases sólo puede producirse por medio de la destrucción sistemática de recursos. Nuestros periódicos consumen tales cantidades de papel que por ellos se abaten cada día bosques enteros. Los automóviles ensucian el aire y los efluvios de sus motores destruyen la necesaria capa de ozono que cubre como un manto protector nuestra atmósfera. La expansión popular de la prosperidad asuela el campo con vastas urbanizaciones de dudoso gusto y destruye playas y costas con la invasión turística. La industrialización de la agricultura empobrece la biodiversidad y la dieta

de los pueblos ricos aumenta las enfermedades cardiovasculares. Las cifras de muertos y heridos producidos regularmente por accidentes de tráfico no parecen compensar las ventajas que dicen aportar los automóviles y otros medios de transporte. Y así sucesivamente.

Nada hay más espectacular en este proceso de creación de escasez —y de daños— a través de la sobreabundancia que el caso de la demografía: aunque algunos países prósperos, como los europeos, muestran por fin señales de no continuar aumentando vertiginosamente sus poblaciones, el planeta sufre un crecimiento demográfico que no ya a largo, sino a medio plazo, se hará insostenible si se mantiene al ritmo presente. Mientras se talan selvas enteras, necesarias para el mantenimiento del clima lluvioso y de una atmósfera limpia, se amontonan los seres humanos en ciudades que van perdiendo ya su estructura urbana para convertirse en amasijos de miseria, mientras el cemento, las explotaciones mineras y petrolíferas y el colosalismo de nuestras obras públicas todo lo invade.

2. Uno de los logros más dignos de tenerse en cuenta de la civilización moderna ha sido la consolidación del pluralismo ideológico, religioso y cultural en un marco de tolerancia y diálogo. Cada cual, se entiende, posee su versión de la verdad y no tiene derecho a imponerla a los demás, aunque sí a intentar persuadirlos o convencerlos, exponiendo buenamente sus razones. Ello ha producido buenos resultados para la convivencia. Tergiversado, sin embargo, por un entendimiento perverso de lo que significa pluralidad de opiniones y creencias, ha engendrado también una buena medida de *relativismo* cultural. Éste, en su forma más aguda, conduce a un escepticismo rayano en el cinismo. El relativismo o, mejor dicho, alguna de sus expresio-

nes, no es intrínsecamente pernicioso. Pero en el momento en que se socava toda posición moral con el peregrino pretexto de que «todo es relativo» entramos en un peligroso campo de minas. Si todo es relativo, todo vale. Las razones del terrorista valdrán tanto como las del demócrata, las del grosero igual que las del ciudadano bien educado, las del sabio igual que las del necio. Faltan criterios de discriminación valorativa. Se hace difícil justificar qué cosas, ideas o actitudes son mejores que otras.

En algunos casos ello no debe producir alarma. Es evidente, por ejemplo, que no hay manera posible de decidir, según criterios racionales, sobre la superioridad cognoscitiva de una religión u otra; o sobre la superioridad moral que pueda haber entre ambas. ¿Cómo sabremos quién se lleva la palma? Esta duda fundamental debería invitar a la tolerancia y a un buen y apacible diálogo entre teólogos, no a que se echen a degüello los feligreses de una fe contra los de otra. Diferencias de esta índole justifican tal vez un suave relativismo (y un paciente escepticismo) acerca de la validez de las creencias humanas, y en especial las que se hallan más fundadas en la fe que en la razón. En cambio, poner en duda la igualdad de derechos entre mujeres y hombres, o la necesidad de proteger y educar a la infancia, o la de fomentar la igualdad y la libertad entre los ciudadanos de toda raza y condición podría abrir la senda que lleva a una sociedad zafia, presa del sectarismo y el fanatismo. En consecuencia, quienes hoy creen que todo vale y que toman su olímpica distancia de todo compromiso con valores universales, compartidos por toda la humanidad, son, de hecho, los aliados secretos de los fanáticos y los sectarios que ellos mismos dicen aborrecer. No es ésta la menor de las paradojas de la cultura moderna.

3. Una de las consecuencias inesperadas del imperio del relativismo ha sido el triunfo del *instrumentalismo* moral. Si abandonamos toda esperanza de establecer principios universalmente aceptados por lo que respecta a la moralidad, o a la validez de los hallazgos científicos, entre otras cosas importantes, tendremos que refugiarnos en criterios puramente expeditivos respecto al comportamiento humano. Vale, diremos en tal caso, sólo lo que produce resultados verificables y materiales, al margen de los medios usados (sobre cuya validez dudan los relativistas extremos) y de la calidad moral de los fines perseguidos. Se extiende así por doquier un pragmatismo cínico —muy propio de políticos oportunistas o de periodistas sensacionalistas sin escrúpulos— en el mundo de las artes, en el académico y, notablemente, en el periodístico. El pragmatismo moderno, en el mejor sentido de la palabra, el que nos ha enseñado normas de eficacia y eficiencia empresarial, el que ha arrinconado tanta retórica huera y falsamente romántica para concentrar nuestra atención en los resultados palpables de la acción humana, encuentra su corriente dañina en esta actitud dura, implacable, a veces ni siquiera encubierta, de los nuevos truhanes de la vida moderna. Más que resultados, quieren resultados tangibles y cuantificables.

4. Una novedad sin precedentes es la aparición en nuestro mundo de una *cultura mediática*. Los medios técnicos para la distribución masiva de información, entretenimiento, ideología, así como para la comunicación entre las personas, son algo nuevo bajo el sol. (Y, pronto, tal vez más allá del sol.) Su llegada fue recibida con alborozo. Desde su advenimiento —con la multiplicación de gacetas y periódicos a finales del siglo XVIII y, a mediados del XIX, del telégrafo— cambiaron la faz de la cultura

moderna e hicieron posible cambiar la de la economía y hasta la de la Tierra. La aparición sucesiva de la fotografía, el teléfono, la radio, la televisión, los ordenadores y el correo electrónico, entre otros ingenios, ha desencadenado el ámbito mediático en el que nos vemos sumidos.

Todas las nociones tradicionales sobre la autonomía del individuo, la privacidad, el control de la información, las formas de ocio y placer, así como las que atañen a la democracia y a la producción y consumo de bienes, se han visto afectadas por la revolución provocada por la irrupción de los medios masivos de comunicación. La abundancia de información ha venido acompañada de esfuerzos muy eficaces para desinformar a los receptores de ella. La distribución instantánea y copiosa de noticias de todo el mundo no ha aumentado siempre el conocimiento de las gentes sobre lo que sucede en cada lugar: la simplificación, el impresionismo, la truculencia de los *reality shows* (tan irrealas a veces por lo tergiversados o por la incapacidad de quienes los montan por presentar una versión equilibrada de lo que enseñan) han venido a poner en tela de juicio aquello que un día pudo parecer como un avance muy grande para la humanidad. La panoplia mediática y la cultura que los medios de comunicación transmiten y configuran no han sabido aún resolver la cuestión de ayudarnos a distinguir entre lo que es información y lo que es publicidad (o propaganda). Al contrario, tal y como están las cosas nuestras facultades de discernimiento entre uno y lo otro no han recibido impulso alguno por su parte. Al contrario.

Estos cuatro grandes procesos de nuestro tiempo tienen lugar en el marco de otro, más amplio aún, que conviene también evocar.

Se trata de la *mundialización* de muchos aspectos de la vida contemporánea. Tiene orígenes bastante remotos en los imperios ultramarinos europeos que por primera vez abrazaron el globo terráqueo, a partir del siglo XVI, pero se ha dejado sentir plenamente en el XX. La mundialización tiene varias dimensiones, que van desde la rapidez de los transportes a largas distancias hasta la difusión transnacional de ideologías, pasando por las comunicaciones planetarias instantáneas y la creación de una estructura reticular de transmisiones, poderes y dominaciones. Siempre ha habido en el mundo centros económicos, políticos y culturales, con sus respectivas periferias o zonas de influencia, pero hoy todos ellos se hallan entrelazados y abocados a una situación de mutua dependencia. La red es la estructura principal sobre la que se ordena el mundo moderno. Es éste una red de redes. Todos los rincones del mundo están interconectados y dependen unos de otros.

La contracorriente que ha surgido ante la mundialización homogénea de las condiciones de vida ha producido sin embargo un aumento de la heterogeneidad (o de las diferencias) en la distribución de bienes y recursos entre las gentes, así como una exacerbación de algunos de los conflictos ideológicos o económicos que separan unas partes del mundo de otras. La estructura del mundo será reticular, como decimos, pero no todos los nudos ni centros de esa red (o red de redes) son equivalentes ni iguales entre sí. En la isla de Manhattan hay más teléfonos o más computadoras que en todo el continente africano, y no es más que una parte de Nueva York.

La mundialización, pues, no ha entrañado una redistribución equitativa de la riqueza ni de los recursos. Han aumentado las diferencias entre países

ricos y países pobres (aunque hayan surgido algunos focos de prosperidad en las regiones empobrecidas de la Tierra) al tiempo que se ha agudizado en muchos casos la distancia entre las clases ricas y las pobres dentro de los países más ricos. Tampoco ha supuesto una extensión efectiva de la ciudadanía transnacional. Sólo en algunas regiones —como en Europa— va surgiendo a duras penas una ciudadanía supranacional. En algunos países los enfrentamientos religiosos y étnicos han llegado al paroxismo y han costado innumerables víctimas. Ya en 1947 el Indostán tuvo que dividirse cruelmente en dos estados, la India y el Pakistán (ahora son ya tres, pues Bengala se separó del segundo tras la correspondiente guerra) por causas religiosas y escisiones culturales. Éstas no permitieron que convivieran varias comunidades religiosas y étnicas en cívica coexistencia, compartiendo la misma ciudadanía. El siglo XX acabó con fragmentaciones parecidas e igualmente sangrientas en los Balcanes, en varios territorios del imperio soviético que se descompuso a partir de 1989, así como con enfrentamientos de indecible barbarie en Argelia. Todos fueron precedidos por persecuciones ideológicas en Camboya, entre 1975 y 1979, en la que perecieron casi tres millones de personas en una orgía de exterminio indiscriminado o por otras más recientes en el África central, de igual espanto.

De semejantes desgarros civiles no estuvieron libres los países, hoy prósperos, que constituyen el núcleo hegemónico de la mundialización: desde la Guerra Civil norteamericana de mediados del siglo XIX a la española, de 1936, y a las dos guerras mundiales, que estallaron en 1914 y 1939, esos países, del Japón a Polonia, de Inglaterra a Alemania, de Estados Unidos a Francia, conocieron el horror de la guerra moderna. (Algunos, como Alemania,

vieron la aparición en su seno de movimientos políticos tan atroces como el nazismo, basado en el odio étnico y el fanatismo más bestial, en la obliteration de toda civilidad.) Tales países forman hoy, sin embargo, parte de la esfera en la que es posible una sociedad civil independiente de la injerencia política y una cultura cívica relativamente sólida. Un pasado reciente de esa índole no permite que sus habitantes puedan sentirse superiores ni que en modo alguno miren con benigna condescendencia a las gentes de países menos afortunados. Gran parte de su buena suerte de hoy, de su prosperidad y paz interna, se debe a un ciego proceso de mundialización en el que sus sociedades se han beneficiado de una posición privilegiada en el emergente orden económico y político del planeta. Si alguna tarea tienen sus gobernantes es la de intentar resanar las heridas causadas por los desequilibrios de la modernización en su dimensión mundial y enviar una senda que, si no se endereza, conduce a un daño creciente para quienes caen fuera de las zonas de privilegio y riqueza.

Los flancos débiles, cuando no las tergiversaciones profundas que han experimentado todas estas corrientes contemporáneas invitan a reflexionar sobre el género de vida que es hoy más adecuado para que vivamos, en la comunidad humana, de un modo más acorde con las exigencias que presentan al tiempo que satisfacemos nuestro anhelo de mantener nuestra dignidad y salvaguardar la de los demás.

Para empezar, las condiciones de la modernidad, tal y como acabamos de describir, conducen, si no se enmiendan, a una situación límite. No hay que asumir que ninguna catástrofe sea inevitable pues no son pocos los casos en los que vemos cómo se toman medidas eficaces para corregir un rumbo

peligroso. Pero igualmente hay que poseer la serena lucidez de aceptar que, si no se modifican a tiempo algunas de las tendencias contemporáneas, podríamos dirigirnos hacia esa situación límite. De eso cabe poca duda — pensemos sólo en los ritmos de consumo de energías no renovables, de destrucción ecológica y de expansión demográfica— y comprenderemos que sólo hay un camino a seguir: el que inspiran la templanza y, como consecuencia de la misma, la austeridad. Templanza sin tedio y austeridad sin miseria. Expliquémosnos.

La templanza es la virtud que nos inclina a conducirnos con mesura. Dentro de la tradición cristiana es una de las cuatro virtudes cardinales. Las otras tres son prudencia, justicia y fortaleza. La templanza entraña la moderación de los apetitos y del uso excesivo de los sentidos. Por nuestra parte, y sin discrepar de esa noción, podríamos definir la templanza como la sujeción de nuestros deseos a la razón, por respeto a nosotros mismos y a los demás. El ejercicio de la templanza nos conduciría así a cultivar un género de vida congruente con el que necesita practicar la humanidad si quiere habérselas, con éxito, con los graves problemas contemporáneos que acabamos de señalar.

En efecto, si nuestra somera descripción de algunas de las tendencias que caracterizan al mundo moderno es acertada, constataremos que tienen en común una cosa: la *desmesura*. Hay un exceso de población, de manufactura de bienes innecesarios, de publicidad, de acaparamiento de riquezas y poder en manos de pocos. Frente a ellos hay otras desmesuras: demasiada miseria, producción de armas letales (minas explosivas, arsenales nucleares), destrucción del mundo silvestre. La templanza y su virtud afín, la austeridad, son pues las prácticas necesarias que la humanidad y todos y cada uno de

nosotros tenemos que cultivar para superar esta situación angustiosa.

Estas desmesuras contrastan con el aumento de las libertades individuales. Son una *consecuencia perversa* de su proliferación. No nos referimos a la perversión de lo que suele denominarse permisividad. A medida que el individuo —incluido el menor— ha ido ganando espacios de libertad y posibilidades de tomar decisiones por su cuenta, se ha ido relajando la autoridad. La de los padres, la de los maestros, la de los políticos, cualquier autoridad. (No entramos ahora en la, por otra parte necesaria, matización entre autoridad y autoritarismo: la primera se apoya en la legitimidad y hace respetar la libertad y darle un sentido; el autoritarismo, en cambio, la reprime.) Para que la libertad redunde en beneficio de todos es inevitable que esté bien conducida. Y, si no queremos que decidan otros árbitros cómo puede ejercitarse, es menester que esa conducción la realice uno mismo. Ahí está la dificultad. Poner límites a la libertad autoimponiéndolos. Eso es lo arduo y, a la vez, interesante. Intentamos poner límites a la libertad cuando ésta pone en peligro la vida o la salud de los demás. Lo intentamos, aunque no siempre lo logremos del todo. Y a lo que la sociedad opulenta, mediática e instalada en el relativismo presta poca atención es a la necesidad de *autolimitación*. En eso consiste la virtud de la templanza, la moderación o la mesura: no pretender tener mucho o demasiado de todo, no despilfarrar; no querer exclusivamente pasarlo bien sin pensar en las consecuencias.

Aristóteles entendía la virtud de la templanza como el término medio respecto a los placeres. Está bien, incluso es recomendable, buscar el placer, pero con criterios, ya que no todos los placeres son igualmente buenos ni recomendables. Ya lo de-

ciamos al principio: nuestra diferencia frente a los animales es que tenemos intelecto (aunque a veces no lo demostramos) y éste nos permite controlar nuestros apetitos. No hay que hacer siempre todo lo que apetece hacer. Primero, porque no es útil ni conveniente para uno mismo, pero también porque no es bueno para la comunidad, que es lo mismo que decir que no es moralmente bueno.

Todo esto es de una sensatez y prudencia meridiana. Pero ¿es viable?, ¿cómo asegurar la autolimitación? ¿No serán precisas medidas mucho más drásticas? La respuesta es bastante clara: serán precisas tales medidas si el civismo no prospera y no logra evitarlas. En China, por ejemplo, se ha instaurado un régimen draconiano de inspección estatal en las familias que no permite tener más de dos hijos: las sanciones son muy duras. En Ciudad de México, la restricción del tránsito cuando la contaminación es insoportable obliga a la mitad de los automóviles privados a no salir. Cada vez hay más zonas protegidas como parques nacionales para controlar su destrucción. Algunas de estas medidas son duras para muchos, otras lo son mucho menos. Pero todas ellas imponen coactivamente austeridad y renuncia cuando las gentes no saben conducirse como es debido.

La proliferación de leyes y reglamentos es irri- tante. Engendra burocracia, sanciones, multas, inspecciones. Pero podría contenerse si nos condujéramos mejor, pues muchas de las normas que imponemos no son para combatir actos delictivos graves sino para suplir meras faltas de civismo. Así, fumar es malo para la salud del fumador y de los fumadores pasivos, pero si los fumadores no lo hicieran en espacios cerrados, ni ensuciaran con sus cenizas, humos y colillas los lugares en los que respiran otros no haría falta tener que ir prohibiendo

fumar por tantos lugares públicos. Cierto es que no hay que crisparse y ser algo tolerante hacia los fumadores, sobre todo frente aquellos que son bien educados. Pero es evidente que nuestra convivencia con ellos depende de su civismo, de su templanza en la práctica de su modesto (aunque peligroso) vicio. Igual puede decirse, para poner otro ejemplo, de quienes, amos de un poderoso vehículo con tracción en todas sus ruedas, trepan por los parajes más recónditos de la sierra atronando valles y ríos con sus motores y levantando surcos en todos los caminos. No es necesario estar en contra de semejantes ingenios —ni contra quienes practican el *moto cross*— para prohibirles que se entrometan en los espacios naturales que son herencia de todos y que no les pertenecen a ellos solos. Habrá que pensar en asignarles lugares donde puedan dar rienda suelta a los decibelios de sus escapes y a su pasión por las máquinas. Todos tenemos derecho a vivir mientras no amarguemos la vida del prójimo.

Lo grave es que las leyes duras y las medidas tajantes son la única alternativa a la generalización de la templanza: visto está que la dilapidación y el despilfarro pueden acabar con nuestro mundo. Ésta no es una frase catastrofista: es una realidad empíricamente demostrable. Cualquiera que considere lo que está ocurriendo con el medio ambiente o con la explosión de la población mundial o con la miseria de continentes enteros puede comprobarlo. Nada más lejos de nosotros que una inclinación a entonar jeremiadas apocalípticas.

La austeridad, si *logra autoimponerse lo hará cívicamente*. Y será bienvenida. Su advenimiento, no obstante, no tiene por qué significar que tengamos que morar en un mundo angosto, pobre, regimientado y tedioso. Ni mucho menos: es esencial percatarse de que la austeridad y la miseria son dos co-

sas totalmente distintas, sobre todo en el mundo moderno. Éste posee una faceta que es sumamente agradable: ha hecho posible separar la vida austera de la vida pobre. Así, una sociedad relativamente austera puede ser también una sociedad en la que la vida sea amable para sus habitantes. Imaginemos un país con una buena red de transportes públicos, excelentes servicios hospitalarios, grandes y abundantes terrenos públicos, montes y costas protegidos, escuelas para todos los niños, uso intensivo de energías renovables. Se trataría de un país orientado por la sobriedad y la templanza, pero no sería un país necesariamente pobre, ni mucho menos. Ciertamente, sería un país mucho más atractivo que el que hoy tenemos.

Esforzarnos para que las cosas vayan en esa dirección es practicar, por cierto, otra virtud, de la que hoy se habla poco porque la palabra que la designa ha sido prostituida demasiadas veces por fanáticos y farsantes. Se trata del patriotismo. (Que no hay que confundir en absoluto con el sentimiento, más tribal e irracional, del nacionalismo.) El patriotismo es la actitud abnegada y altruista de conducirse pensando en los intereses de nuestra comunidad. Como ésta alcanza hoy, a causa de la mundialización a la que acabamos de referirnos, a toda la humanidad, conviene que pensemos en él con una nueva perspectiva. La mejor forma de expresar nuestro cariño por el mundo que nos rodea es tratarlo con dulzura y con mesura, es decir, con cierto patriotismo cívico. Sin grandes heroísmos. Solamente con buenos modales.

nado a ganarse el pan con el sudor de su frente. Puesto que el sudor es inevitable, debería tener un reparto más equitativo.

En conclusión, un cambio radical en la concepción y valoración del tiempo que dedicamos a esto o lo otro puede transformar la vida en sociedad sufriendo discriminaciones y haciendo que la solicitud frente a los demás y la dedicación gratuita al otro no sean consideradas como algo incompatible con el tener que ganarse la vida. No sólo esa disponibilidad, aunque se refiere a la vida privada, es parte importante del civismo, pues no deja de ser una dedicación al otro, sino que contribuye a educar en el civismo. Sin duda la educación cívica se verá impulsada si prospera el actual cambio de dirección hacia una concepción más altruista, igualitaria y austera de nuestros desvelos y tareas.

VII

LA VIDA CONTEMPLATIVA

Todo conspira en nuestro mundo para que llevemos una intensa vida activa. La elevación del trabajo a la mayor de las virtudes —cuando antes solía ser visto como castigo divino— va unida a una manera de entender el ocio también como actividad. (Casi podría decirse que como un trabajo, aunque placentero.) Así, las «ansiadas» o «merecidas» vacaciones no se entienden como un período de asueto para tumbarse a la bartola tras haberse las ganado uno con el sudor de su frente. Tal vez la gente descansa durante ellas, pero son muchísimos los que despliegan una actividad vacacional poco menos que frenética. Son tiempo para deporte, ermitismo, idas y venidas por puertos, aeropuertos, carreteras y ferrocarriles, bailes, saraos e incesantes salidas de un sitio para otro. Se trasnocha. Algunos dicen que aprovechan para leer. Otros para asistir a cursos de verano. Otros para acampar o trahumar de un camping a otro. Hay quien reconoce que sus vacaciones son agitadas pero afirma que su ajeteo les descansa porque les libra de la rutina. ¿No será que la mayoría está descontenta de su trabajo? ¿O que muchos aparentan estarlo? ¿No convendría reflexionar ante un descanso que nos deja exhaustos?

La práctica y glorificación del llamado ocio activo, que ocupa a tantos millones de seres, podría

indicar que nuestros tiempos son hostiles al *dolce far niente*, al vagabundeo, al callejeo sin rumbo y a la observación pausada de la vida. En definitiva a la fructífera contemplación del mundo. Ya vimos en el capítulo V cómo el trabajo austero, dignificador y productivo de antaño se ha transmutado hoy en algo muy distinto.

Este capítulo intenta matizar, sin contradecirlas, algunas de las cosas que hemos dicho en los dos anteriores, dedicados a la vida activa. Su otra faz es la vida contemplativa, a la que volvemos ahora nuestra atención. Nuestra idea principal es que, al igual que la doble faz del dios Jano, una vida verdaderamente humana es a la vez activa y contemplativa. La contemplación no es un contrario separable de la actividad. En efecto, en puridad la acción no consiste en un comportamiento cualquiera. Sólo merece ese nombre aquel que está dotado de significado para quien actúa. Se refiere, sobre todo, al comportamiento que es reflexivo e intencional. En consecuencia, para que la acción humana lo sea plenamente, debe ir unida a la contemplación. Y al revés, la mera contemplación, desvinculada de una conducta intencional que vaya ligada a nuestra vida y orientada también hacia otros seres humanos, carece de interés. Es pobre y huera. En todo caso es irrelevante para esa cultura cívica sobre la que estamos especulando.

Gozar del mundo es contemplarlo. Entenderlo es contemplarlo. Vivirlo es, también, contemplarlo. La contemplación va desde el embeleso del amante ante su amada o amado hasta la observación crítica del científico a través del microscopio, pasando por la mirada entretenida del público divirtiéndose, inteligentemente, en un espectáculo interesante, y a ser posible, sin tener inevitablemente que consumir y gastar dinero. La contemplación profunda del ar-

tista que piensa la idea previa a su escultura o a su pintura y luego la ve crecer bajo su propia mano, o la del poeta que acaricia una idea lírica y después contempla la formación de su propio poema sobre la página en blanco, o la similar del compositor, ante el pentagrama, son también expresión de esta crucial facultad humana. Pero no lo es menos la contemplación del entorno que realiza el paseante, solitario a veces, la del *flâneur*. (Es la del paseante una figura merecedora del más profundo respeto, quizá porque el aturdimiento contemporáneo la esté poniendo en peligro.) En resolución, la contemplación es una suprema facultad humana, sin la cual no existiríamos más que como bestias incapaces de pensar.

De hecho, el pensamiento comienza por una combinación de dos disposiciones, la de contemplar y la de admirarse, seguida de su consecuencia, interrogarse. Quien no admira (y por lo tanto no contempla) no se interroga. Y quien no se pregunta, vegeta. Quien contempla y piensa presta atención al mundo. Curiosa consecuencia de ello es que pronto lo trata con el cuidado que merece: a él y a sus moradores. La *solicitud* hacia nuestro prójimo —una manifestación de una virtud crucial, la caridad— es pues una consecuencia de la contemplación sosegada de las cosas humanas, sin indiferencia. La solicitud mantiene así un vínculo sutil con el civismo, porque quien lo practica es siempre solícito. Tal vez no lo sea con entrega heroica, claro está, pero sería peregrino afirmar que ayudar a un ciego a cruzar la calle, charlar por pura amabilidad con un anciano solitario, sopor-tar con paciencia las pesadeces de algún pelma bienintencionado, y mil gestos más de nuestra vida cotidiana no tienen, todos ellos, algo más que una brizna de solicitud.

Todo esto viene a cuento porque el civismo constituye una cultura de respeto mutuo en el que la contemplación desempeña una función esencial. Escuchar a los demás con respeto y atención, es algo más que evitar interrumpirlos. (Cosa buena, pero que puede ser también fruto de la indiferencia.) Escuchar es también contemplar, sopesar y atender a las razones del prójimo, amén de aprender de él lo que no sabemos. Esa contemplación se extiende a la pura absorción de lo que la vida y la naturaleza tienen que ofrecernos, y no sólo para hacer algo con ello, sino por el mero placer de contemplar. Hay religiones —algunas de ellas orientales— que nos invitan a contemplar hojas movidas por el viento o el fluir incesante de las aguas del río. Intentemos, en contraste con quienes predicaban que esa contemplación serena es un paso necesario o un peldaño conveniente para alcanzar un estadio místico superior, contemplar en paz el río o las olas sobre una roca marina, sin que ello *sirva* para nada. Pronto descubriremos el valor intrínseco de gozar de nuestra presencia en el mundo y la del mundo en nosotros.

En nada contradice esta invitación a atender antes de actuar nuestra vinculación, recién expuesta, entre contemplación y acción. Sigue dependiendo ésta de un marco contemplativo adecuado que, en el fondo, necesita voluntad, ejercicio de concentración, es decir intención. Por eso decimos que la acción humana tiene una faz jánica o doble.

La diversión más enriquecedora incluye siempre una fuerte dosis contemplativa. Leer, ese sublime vicio, es contemplar ideas, aventuras, desventuras, descubrimientos, así como todo el despliegue de la sabiduría o necesidad humanas, sobre una página escrita. Contemplamos cuando asistimos a un espectáculo, escuchamos música o subimos a la cima de

un monte y oteamos la vista desde ella. Todas estas cosas requieren esfuerzo, acción. Frente a estos modos de apercibirnos del mundo encontramos la diversión atolondrada, pasiva, aunque pueda parecer «activa» hasta el frenesí. La que no requiere contemplación alguna. Una parte del «ocio activo» que promueven nuestras distracciones turísticas y lúdicas es de esta índole. Todo se nos pone fácil y se nos sume en un mar de sensaciones —como las que planifican algunos de los llamados «parques temáticos»— programadas para nuestro consumo pasivo. Un consumo enmascarado tras una «actividad» también programada. La acción, en cambio, requiere el esfuerzo de la voluntad, el goce del pensamiento y una medida de incertidumbre.

No es casualidad que la negación de la contemplación vaya unida con frecuencia a una actividad incivil. Muchas fiestas populares son testigos de ella y también el deporte se presta a que algunos de los seguidores de un equipo se comporten con atolondramiento, mezclado con fanatismo, y que por ello se cometan actos vandálicos, algunos de los cuales acaban trágicamente. Éste es un tema delicado, porque el disgusto que es inevitable sentir ante estos desmanes debe quedar confinado a ellos. No deben confundirse con las expresiones comprensibles, legítimas y a menudo muy simpáticas de la exuberancia juvenil o de la alegría ciudadana. Sólo los cenizos, aguafiestas y gruñones —que no leerán este libro— son capaces de confundir la alegría gregaria e irreprimible, libre de hostilidades, con la farra insolente que busca víctimas y, en su expresión menos grave, estorbar la paz de los demás.

Nadie quiere vivir junto a un bar que esté abierto toda la noche y ante el que se formen grupos de jueguistas ruidosos. Y aunque éstos acusen

al sufrido vecindario de ser aburridos, sosos, reaccionarios y anticuados, entre otras lindezas, lo cierto es que, en cuanto superan la edad de ir de jarana, se pasan con armas y bagajes al grueso de la pacífica ciudadanía.

Mas hablábamos de contemplación. Parece como si asumieramos que nuestro mundo no la fomenta. Cualquiera podría replicar que ello no es así, puesto que estamos en la era del espectáculo masivo, en la que cientos o hasta miles de millones pasan gran parte de su tiempo contemplando. Sobre todo la televisión.

¿Cómo es posible hablar del declive o hasta la desaparición de la contemplación en una sociedad que alguien llamó «sociedad del espectáculo»? Sentidamente porque el más significativo de todos ellos, la televisión, es una negación de la contemplación. Hay que apresurarse a decir que no *toda* la televisión la niega. Y no sólo hay que exceptuar algunos programas que muchos tildarían sin más de aburridos —reportajes científicos o naturales, buenas obras dramáticas representadas en la pantalla televisiva o escritas para ella— sino bastantes más. Sin embargo, globalmente, la televisión no ayuda a la contemplación pausada de nada: las más de las veces es impresionista, manipulativa, veloz y superficial en sus presentaciones, maquilladora de la realidad, caleidoscópica en su ritmo e incapaz de matizar. La mayor parte de lo que transmite es, hoy por hoy, incompatible con la contemplación.

La televisión aturde moralmente y simplifica la inmensa riqueza de la vida. Cuando decimos que no permite contemplar queremos decir que no permite pensar. Porque cuando hablamos de contemplación no queremos decir que ésta entrañe necesariamente un estado de suspensión mística. Ni mucho menos. Una vez más, la contemplación es

una actitud cotidiana, que representa la otra faz, inseparable de ella, de la vida humana conscientemente vivida, la de la acción.

Lo importante para que vivamos como seres medianamente libres y además como ciudadanos de una comunidad política que aspira a ser justa es *saber discernir*. Quien contempla, sopesa y juzga. Y quien no lo hace es un autómata social, o en el peor de los casos, un robot, aunque pueda ser un robot dichoso (en su superficialidad). La sociedad del espectáculo es su enemigo, la que fomenta votantes dóciles, seguidores atolondrados de ídolos televisivos, fanáticos entusiastas de un equipo deportivo que, paradójicamente, no lo es, pues está en manos de especuladores que compran y venden jugadores en el mercado internacional. Una vez más, no equívamos a todos aquellos a quienes les gusten estos espectáculos con una masa anodina de teleadictos aturridos. Todo depende de la medida en que cada uno de nosotros esté dominado por ellos, de la medida en que ellos hayan podido hacer mella o hasta socavar nuestra capacidad de discernimiento. No cabe duda que son muchos los que más bien hallan un solaz en el mundo mediático que les descansa a ratos y les permite seguir gozando, cuando se salen de él, de una vida más plena.

Lo que, hecha esta importante salvedad, parece más preocupante, es que la preeminencia del mundo mediático y el predominio del modo espectacular de conocer el universo que él ha impuesto, haya dañado la calidad de nuestra vida ciudadana. En su búsqueda de lo sensacional y espectacular, sed por los extremos, la cultura mediática rehúye sistemáticamente el civismo. La truculencia, la barbarie, los desastres, los dramones sentimentaloideos invaden todo el espacio espectacular. Y en él se sumen, cotidianamente, millones y millones de ciuda-

danos. De nuevo hay que salir al paso de cualquier interpretación errónea a que pudiera dar lugar esta observación. Precisamente, en una televisión ideal, no habría que ocultar los aspectos desagradables de la vida: ni la miseria, ni la guerra ni —si puede hacerse sin violar los derechos de la intimidad de las personas— los dramas personales que puedan poseer un genuino interés para el público. Contra lo que hay que pronunciarse es tan sólo contra su tratamiento banalizado, unilateral y frívolo. Y sobre todo, contra ese poder destructor que tiene el mundo mediático de narcotizar a unos, desorientar a otros y confundirnos a todos haciéndonos creer que es verdad lo que vemos o lo que nos dicen.

¿Cómo salvar la mirada irónica, que es la mirada de las gentes verdaderamente libres? ¿Cómo conseguir que la contemplación no parezca cosa de sabios sosos y tediosos? Lo cierto es que no hay respuestas tajantes ni fórmulas para ello. Por lo menos, nosotros no las tenemos. Lo que sí se nos antoja claro es que saber combinar contemplación y acción, saber valorar un ocio humanamente rentable (si se nos permite la expresión), ni se improvisa ni se aprende de repente. Para entretenerse leyendo el *Quijote* o escuchando a Schubert hay que haber leído antes o escuchado música, con atención, previamente. Hay que haberse aburrido, incluso, con los libros y con la música. Para «entrar» en lo mejor hace falta siempre voluntad y esfuerzo. Nadie, ni el mejor guitarrista, nace sabiendo tocar su instrumento. Estudiar, que conduce al placer de ir conociendo cada vez más, necesita codos, como suele decirse. Perder el tiempo sabiamente (perderlo, se entiende para cosas que pasan por ser provechosas), saber distraerse, requiere aprendizaje. Por eso no estaría mal que el sistema educativo valorara más lo formativo que lo puramente instruc-

tivo. Que se valorara el estudio de ciertas materias que literalmente no sirven para nada, que no tienen aplicaciones técnicas ni son útiles para ganar o amasar dinero. De esa forma, quizá, al jubilarnos muchos de nosotros, tendríamos más recursos para pasar el tiempo, o para enriquecer nuestro espíritu. (Ése, las más de las veces no se jubila. Pero sí puede encontrarse, si no se cultiva, desvalido.) En cualquier caso, es en la contemplación reflexiva donde reside lo que llamamos capacidad creativa. La actividad por la actividad, esa especie de terror a no saber qué hacer mata la imaginación y la creatividad.

En el fondo, el terror hacia esa vida sólo supeamente inactiva que recibe el nombre de «contemplación» no es otra cosa que la inclinación a evitar el esfuerzo y a enfrentarse con uno mismo. En palabras llanas, es un temor a la soledad cada vez mayor de quienes moran en sociedades donde de todo acaba en ruido, espectáculo y algarabía. Aprender a soportarse a uno mismo, a reírse de uno mismo, debería ser asignatura obligatoria en una sociedad tan dura como es la moderna. La práctica de contemplar incluye, sin duda, contemplarse a sí mismo. No como Narciso frente al estanque, atolondradamente enamorado de su propia imagen, sino con ironía y autoestima a la vez. Si el energúmeno se viera tal como es se libraría de su condición al instante. Pero no se contempla a sí mismo. Si lo hiciera, haría la vida mucho más llevadera a quienes tienen que soportarlo.